

que me consoló y me hizo sentar, me dió un pequeño libro, me señaló lo que debía aprender, y me dijo:

Esta será una dilacion de pocos dias, y no será perdida; porque miéntras aprendéis lo que el Cristiano necesariamente debe saber, aprovecharemos este intervalo, para emplearle en asuntos no menos importantes. Procuraré daros una idea de la religion cristiana, trataré de esplicaros su espíritu, y estas conferencias pueden ser muy útiles para entender mejor sus artículos. Nada nos puede excitar tanto á estimar y amar nuestra religion como conocerla bien, y si se ven tantos Cristianos tan malos ó tan tibios, es porque en general nuestra educacion es muy defectuosa en esta parte, y porque hay pocos que la reconozcan como deben.

Se recibe el bautismo en la infancia mas tierna, tiempo en que es imposible conocer ni la estension del empeño que se contrae, ni la hermosura de la religion que se abraza, ni la inmensa felicidad para la que nos abre la puerta. Cuando viene la edad de la razon, pocos son los que conocen la importancia de este objeto, pocos los que advierten que este debía ser el estudio mas continuo de su vida, y menos los que se aplican á él con la seriedad que merece. Unos se corrompen y se abandonan á las iniquidades que la religion reprueba, algunos piensan hacer mucho si rezan alguna devocion, y oyen misa los dias de fiesta. El mayor número se ocupa menos en el temor de Dios, y en las cosas de su servicio, que en sus

placeres, su fortuna y sus comodidades, y son raros los que cuidan de conocer la esencia ó el espíritu de su religion para cumplir con exactitud las obligaciones que nos impone.

De aquí nacen tantos estravíos en los unos, y tanta ignorancia ó tibieza en los otros; porque nada en el mundo es tan importante como saber las leyes á que nos hemos sujetado, recibiendo el bautismo, y las condiciones con que nos ha recibido la Iglesia cuando nos permitió entrar en la congregacion de sus fieles. El bautismo es un contrato reciproco entre Dios y el Cristiano; este renuncia todo afecto desordenado y contrario á la ley divina, y toda aficion viciosa y condenable; reconoce á Dios por su único soberano, por la fuente y principio de todo poder, virtud y santidad; á Jesucristo por su hijo unigénito, por su Dios, su redentor y mediador; ha prometido guardar sus preceptos, amar á Dios mas que todo, y á su prójimo como á sí mismo, y en fin no desviarse un ápice de su divina ley.

Dios le ha prometido, por el órgano de la Iglesia, que si cumple con fidelidad estos empeños, le dará una eternidad de gloria; y como sabe que es débil, y que su naturaleza degradada lo espone á continuos peligros por los muchos enemigos que lo combaten, tambien le ha ofrecido que le socorrerá en sus tentaciones, y le exhorta á que siempre que se sienta combatido implore su piedad con confianza, que no le faltará su auxilio: aun mas, le promete, le asegura que si, á pesar de su gracia, la flaqueza de la humanidad le

rinde á los asaltos de la concupiscencia , y se atreve á violar los preceptos de la divina ley , le recibirá su misericordia , cuando la implore con un corazon arrependido ; y para esto ha instituido el sacramento de la penitencia.

Ved aquí , señor , un contrato recíproco , una convencion mútua en el asunto de la mayor importancia , pues se trata de la vida eterna . ¡ Y qué , señor ! ¿ puede haber nada que interese tanto al Cristiano como las cláusulas de este contrato ? ¿ qué es lo que debe tener mas presente ? ¿ qué es lo que debe pesar con mas frecuencia y atencion que las condiciones con que se le ha dado tanto bien , para no aventurarse á perderle ? El que ha sido bastante feliz para adquirir el titulo de hijo de Dios , y tener derecho para llamarle con el dulce nombre de padre , ¿ en qué puede emplear mejor todas las luces de su razon desde que empiezan á alumbrarle , sino en el estudio de las obligaciones que le impone tan alta dignidad , para no esponer la vocacion mas sublime ?

¿ Cómo pues el hombre , que por su naturaleza es barro , que por su condicion es miserable y débil , que lleva dentro de sí tiranos imperiosos que sin cesar le tienen en batalla contra la ley de Dios y los preceptos de su religion , y que á cada instante le ponen en peligros de faltar á lo que ha prometido ; cómo , repito , no procura fortalecerse con todos los medios que la misma religion le presenta , para resistir á sus ataques , y defenderse de tan diabólicos enemigos ? Es verdad que Dios no le pide cosas im-

posibles , porque le ayuda con el socorro de su gracia , y que con él puede fácilmente cumplir quanto la ley le impone ; pero , ¿ cómo obtendrá esta gracia si no la pide ? ¿ cómo la pedirá para cumplir la ley , si no la conoce ? ¿ cómo sentirá la dificultad de cumplirla , si no la medita ? ¿ y cómo tampoco sentirá la necesidad del socorro el que no considera ni la grandeza del daño ni la urgencia del peligro ?

Por otra parte el Cristiano no debe perder de vista una verdad que puede contribuir mucho para el desempeño de las obligaciones que contrae , y es que todo lo que Dios le ordena en su ley divina es para su mayor bien . Sus preceptos son tales , que cuando no debiéramos obedecerlos por obligacion , debiéramos ejecutarlos por nuestro propio interes . Observad bien el Decálogo , y veréis que todo lo que nos prohíbe es únicamente lo que nos puede perjudicar para la dicha temporal , y solo con que sus ordenanzas se ejecutaran , el orgullo , la avaricia , la impureza y todos los vicios capitales desaparecieran de la tierra . Así todo lo que los mandamientos divinos nos prescribe es por nuestra propia utilidad ; porque no hay accion ni omision reprehensible , que al fin no deba perjudicar al público ó al particular . Hasta el mal que hacemos á otros vuelve á recaer sobre nosotros mismos , porque ó nos espone al rigor de las leyes humanas , ó nos quita la reputacion tan necesaria en la vida , ó nos hace perder los caudales , la salud y la paz de la conciencia , que son los bienes mas preciosos que pueden hallarse en la tierra .

De manera que cuando Dios nos manda resistir al impulso mortífero de los vicios, nos manda nuestra propia felicidad. ¿Qué pueden producir la impureza, la intemperancia, la cólera, la venganza, y todas las demas pasiones injustas y violentas, sino la turbacion, el desórden, y todos los otros males que llevan consigo? Hasta la filosofia pagana conoció la necesidad y la importancia de esta moral sabia y contenida; porque percibió que era el único medio de hacer menos molesta esta turbulenta y pasagera mansion que hacemos en la tierra, y que si se dejaba la rienda suelta á las pasiones era imposible no alterar el reposo del alma, sin el cual no puede haber mas que afliccion de espíritu.

Pero la religion no contenta con preservarnos de los males, nos prescribe las virtudes, madres fecundas de infinitos bienes. Dios nos prescribe la caridad fraternal, que no es otra cosa que el amor reciproco entre los hombres, pues nos obliga á mirarnos todos como hermanos, como hijos del mismo padre, y por consiguiente á servirnos con cuantos auxilios nos ordena la humanidad, la templanza y la justicia; nos inspira horror á todo lo que es engaño ó falsedad, en fin nos ordena virtudes de muchas especies, y en todas ellas siempre nos prescribe aquello que la misma naturaleza nos ha indicado ya ser necesario para nuestra propia dicha; nos manda todo aquello cuya falta hiciera nuestra desgracia, ó disminuyera la felicidad de que gozamos.

Seria pues delirio no perceber las mas sencillas no-

ciones de la razon, no reconocer que cuando Dios se dignó de darnos sus divinos mandamientos, todo lo ordenó amorosamente para nuestro bien, y esta consideracion debe persuadir al Cristiano cuán injusto es el hombre que en vez de darle gracias por una condescendencia tan paternal, se atreve á censurar sus preceptos como duros y rigurosos, y se queja de una ley cuya observancia, despues de hacerle feliz en la tierra, le procura en el cielo una gloria sin fin.

Señor, pues la misericordia os da el deseo y el tiempo de adquirir estos y otros conocimientos, todos muy importantes, tratemos de meditar con la atencion mas seria el espíritu de la religion cristiana, y veamos en que consiste la verdadera piedad, y cuales son las observancias que deben caracterizar al Cristiano. Hay en esto mucha vulgaridad, que solo puede salvar de algun modo la ignorancia ó la simplicidad de una buena fe; pero Dios y la razon nos prescriben que sepamos y entendamos lo que la religion requiere para conformarnos á su espíritu, y presentar á la Divinidad un obsequio razonable.

En el cristianismo hay obligaciones y devociones. Las primeras son esenciales, necesarias é indispensables; tales son todos los preceptos que nos vienen directamente de la mano de nuestro divino Legislador, de la de sus apóstoles instruidos en su escuela, ó de la Iglesia, su intérprete fiel. Por ejemplo, ¿qué institucion mas saludable, mas benéfica, mas digna de la bondad de Dios que el sacramento de la penitencia? recurso inagotable de gracias para todo peca-

dor , que puede lavar con ella las manchas de su fragilidad. ¿Qué don comparable al de la sagrada Eucaristia , en que el mortal se anticipa á gozar las dichas del cielo , y puede recibir en su pecho al mismo Dios que un dia hará su felicidad , y le consuela entre tanto en esta vida pasagera ? Estas son entre otras las verdaderas instituciones cristianas , y las que con preferencia deben ocupar nuestro corazon.

Hay otras devociones que pueden ser buenas , y todas son útiles desde que alimentan la piedad y son conformes al espíritu de la santa Iglesia ; pero para reglarlas bien es menester distinguir las que son de obligacion y las que son supererogatorias , entendiendo que estas no pueden tener lugar sino cuando se han cumplido las primeras ; y advertid , por regla general , que entonces nos son saludables , cuando conspiran á mantener en nuestros corazones un sentimiento puro de respeto y adoracion al Ser supremo de quien dependemos , de imitacion y amor á nuestro Redentor , que es nuestro único modelo , de veneracion á los Santos , amigos suyos é intercesores nuestros , y de sujecion á las leyes que nos dejó en el evangelio , y á las que en su nombre y con su autoridad nos intima la Iglesia.

Sin estos principios que deben gobernar el espíritu y la intencion de quanto hace el Cristiano , la devocion no seria provechosa ; porque las ideas indesquiciables de su religion son que Dios , autor , causa universal de todo , y principio único de nuestra existencia , es á quien lo debemos todo ; que nuestra primera obli-

gacion es amarle , no solo porque depende de su mano omnipotente nuestra felicidad , sino porque él es en sí mismo por sus atributos y perfecciones infinitamente amable , que ademas de esto nos ama y desea nuestro bien , que quiere y puede recompensarnos , que en el Bautismo nos hemos consagrado á su servicio , que allí le juramos fe y obediencia , y que en todas nuestras acciones y pensamientos debemos aspirar á manifestarle nuestro deseo de servirle y complacerle.

En la tierra nos unimos por intereses á nuestros superiores ó soberanos , los servimos con fidelidad , los amamos con ardor , y nuestro amor y respeto se aumentan á proporcion de lo que crecen sus favores ó sus beneficios. ¿Qué soberano puede compararse con aquel que forma á los soberanos ? No solo es grande y amable por sí mismo , sino que es la grandeza , la hermosura y la amabilidad de que descende todo lo que en el mundo aparece con alguno de estos atributos. De su mano sale únicamente el ser , la conservacion y todos los bienes de la tierra , sin hablar todavía de los de la gloria.

La razon pues y la naturaleza se reunen para decirnos que nuestro mayor respeto , nuestro mas vivo amor deben dirigirse únicamente á nuestro Criador omnipotente. San Ambrosio decia que este sentimiento , que debe ser el primero en el corazon , es el fundamento de todas las virtudes , y que por eso Dios le exige de nosotros , porque es necesario para nuestra propia felicidad. En efecto solo puede ser feliz acá bajo el que no tiene mas voluntad que la de Dios , y

que está pronto á abandonarlo todo por él. ¿ Y qué no le debe el hombre? ¿ quién concebirá la estension de una obligacion tan infinita? Solo la fe la puede divisar, el hombre torpe y grosero no puede explicarla; dichoso si sabe amar y adorar en silencio.

Mañana, señor, si me lo permitis, comenzaremos esta conferencia: consolaos ahora considerando que ya estais en los brazos de Dios, y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El padre se fue; yo, Teodoro, sin perder un instante, me puse á aprender lo que me dejó señalado, y pasé en esta ocupacion la mayor parte de la noche. Yo queria aprenderlo todo; pero á fuerza de abarcarlo todo no aprendia nada. Al fin llegó el otro dia, y en él pasó lo que en mi primera carta te diré. A Dios, amigo.

## CARTA XVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

ESTE dia vino el padre á la hora regular, y despues que me dijo algunas palabras de consuelo para alentarme á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os procuraria dar una idea de la religion cristiana, y que trataria de haceros ver su espiritu segun los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que mi cortedad alcance, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religion tiene su hermosura propia, y no necesita de adornos estrangeros. La sencillez del estilo es el aliño que mejor la sienta.

La fe nos dice que hay un Dios criador y primera causa de todo lo que existe; que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su voluntad dió la existencia á las cosas visibles é invisibles, que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna; que este Dios es el mismo que el Símbolo de nuestra fe llama Criador del cielo y de la tierra; que este Dios fue conocido y adorado por los Judios; que tambien lo fue por los Gentiles; pero que estos profanaron su culto con muchas fábulas y supersticiones;

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza; es tambien el centro, la raiz y el principio de